PRÓLOGO

Enrico Mario Santí

CONVERSACIONES CON OCTAVIO PAZ recoge tres de las muchas entrevistas que hicimos el poeta y yo a lo largo de veinte años de trabajo en la edición de algunas de sus obras. Se publican hoy como un homenaje más a su centenario y para hacer honor a la verdad de nuestra relación, que bien podría ser calificada de maestro y discípulo y no solo de autor y crítico.

Empezamos a trabajar juntos a principios de los años ochenta, cuando, comisionado por una editorial americana para escribir una introducción general a su vida y obra, viajé a México para realizar investigaciones en bibliotecas locales. Fruto de ese primer contacto fue nuestro libro *Primeras letras, 1931-1943* (1988), recopilado a su insistencia, donde se recoge gran parte de la prosa dispersa, hasta entonces rezagada, de su primera época. Mi interés de investigador principiante pronto se convirtió en otra cosa: estudioso de sus obras, editor de otras obras canónicas (*Libertad bajo palabra,*

El laberinto de la soledad, Blanco), colaborador de la revista *Vuelta*, que él dirigía, y simpatizante político. Quiero pensar que fuimos, igualmente, amigos, a pesar de la diferencia de edad y de contarme como un colaborador más en el sinnúmero que lo rodeaban y, a veces, abrumaban. No sé cómo el hecho de no ser mexicano y en cambio sí exiliado cubano —cuya experiencia histórica, y salvando las distancias, coincidía bastante con la suya— hizo prosperar nuestra relación intelectual y, más precisamente, literaria y crítica. Sea porque encontró en mí un simpatizante fidedigno, un interlocutor curioso o un investigador asiduo, me pidió en varias ocasiones que preparase ediciones de sus obras más solicitadas. Mi interés en su obra, que considero fundamental no ya para las letras hispanoamericanas sino para la actualidad y futuro del pensamiento, se transformó así en un proyecto de biografía intelectual que solo ahora, luego de tres décadas de trabajo, toca a su fin. El proyecto me dio, por eso mismo, la oportunidad de acercarme a él y calar más a fondo en su quehacer.

Si los dos primeros diálogos que ahora se recogen se circunscriben a ciertos temas y los realizamos en dos momentos muy al principio de nuestra relación —1985 y 1987—, el tercero y último, de 1996, fue de mayor envergadura. Su finalidad fue servir de cierre a otro libro comisionado que nunca llegó a realizarse debido a una decisión editorial ajena a nosotros. Fue en esa ocasión, inolvidable, estando ya el poeta enfermo de su última dolencia, que él pudo abrirse más conmigo y me manifestó algunas patéticas quejas sobre cier-

Prólogo

tos aspectos de su país. Si algo justifica esta modesta recopilación de viejos diálogos entre dos amigos son esas palabras que no he querido que se lleve el viento.

Aprovecho el cierre de este prólogo para agradecer a quienes hicieron la publicación de estos diálogos posible: Javier Fornieles, cuya genialidad prosperó en su recopilación; Frank Janney, quien acogió sabiamente la idea de incluir un diálogo con Paz en la serie *Espejo de escritores*; Hans Meinke, quien me comisionó oportunamente para realizar el *Retrato de Octavio Paz* que aparece aquí al final; Marie-José Paz, quien no solo ha alentado mi trabajo a lo largo de los años sino, en su momento, generosamente revisó con minucia ese último diálogo; mi esposa, Nivia Montenegro, que apoya todo mi trabajo.

Y desde luego a Octavio Paz, cuyo centenario celebro todos los días de mi vida.

Claremont, Ca.
31 de marzo, 2014

I
PRIMERAS LETRAS¹

LOS ORÍGENES de la obra de Octavio Paz están en México a partir de 1931, cuando escribe sus primeros poemas y ensayos, y en España, donde en 1937, cuando asiste al Congreso de Escritores Antifascistas, descubre su mayor comunidad cultural. Durante esa primera docena de años (hasta 1943), Paz exploró su mundo, poblado con figuras tan brillantes como distintas entre sí —Xavier Villaurrutia y Pablo Neruda, Alfonso Reyes y Antonio Machado, Benjamin Péret y Víctor Serge, Luis Cernuda y Juan Gil-Albert—. A ese mundo respondió con su obra. El diálogo entre ambos la formó. Paralela a una media docena de libros de poemas tuvo una fecunda actividad editorial que abarca la fundación de cuatro revistas, incluyendo dos —*Taller* y *El Hijo Pródigo*— que a su vez tuvieron el genio de acoger la diáspora española de estos años. Junto a todo ello, una cincuentena de ensayos, notas, reseñas y

1. Se publicó en *Ínsula*, núm. 532-533, Madrid, abril-mayo de 1991, en el número de homenaje con motivo de la concesión del Premio Nobel de Literatura.

poemas en prosa que, hasta muy recientemente, el autor nunca publicó en forma de libro.

La ausencia de un libro orgánico en esos primeros años resalta aún más si se compara con gran parte de la obra posterior, que a partir de *Las peras del olmo* (1957) recoge casi todos los ensayos publicados. Esa ausencia inicial obedece a dos razones. Una es la dispersión con que el joven Paz encara los temas que le interesan durante esos años y que dificultan su lógica cohesión en forma de libro —desde un diario poético hasta comentarios sobre la guerra de España, y desde primerizas críticas de arte hasta artículos de costumbres sobre México—. La otra es la evolución personal de Paz inmediatamente posterior a este primer período. En 1943, en lo que no se puede llamar menos de una crisis moral, Paz rompe con su medio y se marcha de México. La ruptura significa un autoexilio que ha de durar toda una década, durante la cual Paz rehace su obra: literalmente se rehace, se hace otro. *Con Libertad bajo palabra* (1949), que el poeta ha llamado su «verdadero primer libro», y *El laberinto de la soledad* (1950) (re)comienza su obra. Todo o casi todo lo escrito antes de esa fecha por tanto quedará disperso —o bien será reescrito en nueva clave.

La dispersión y reescritura de ese primer e importante período en su obra ha llevado, a menudo, a la mala comprensión de sus orígenes. Así como todavía abundan estudios parciales que enfocan en este o aquel tema de la obra de Paz, excluyendo sus nexos con lo aledaño, así también abundan aquellos

que confunden la autoconcepción del autor —y que es siempre una forma de invención— con los más austeros datos de la bibliografía. Fue esa confusión, y que por desgracia aún persiste, la que primero me llevó a investigar una biografía intelectual del célebre escritor mexicano, hoy laureado con el más alto premio de letras en el mundo. Los resultados de esa investigación —que ya hoy, después de casi diez años, va llegando a su fin— dieron su primer fruto hace dos años en *Primeras letras* (1931-1943) [México y Barcelona, Editorial Vuelta y Editorial Seix Barral], la organización y estudio preliminar de este primer período de formación del escritor. Para ello, como digo en mi prólogo e introducción a ese libro, realicé muchas investigaciones en bibliotecas mexicanas y españolas, así como también tuve el privilegio de conversar varias veces con el poeta sobre sus experiencias durante esos lejanos años.

Cuando, después de varias sesiones de trabajo en las que organizamos el libro, nos dispusimos a idear una presentación, nuestra primera intención fue incluir una conversación detallada en la que repasaríamos los temas de esas «primeras letras». Una vez sostenida y leída su transcripción, sin embargo, cambiamos de parecer y la reemplazamos con nuestros respectivos textos. Nuestra decisión no invalida, en cambio, los méritos de la entrevista en la que el autor abunda en no pocos datos sobre su vida en esos años.

Al releer la transcripción ahora, con la distancia de casi treinta años, compruebo con sorpresa que en esa ocasión nuestro diálogo fue circular. Empezamos y

Octavio Paz

terminamos hablando sobre José Lezama Lima —otro grande de las letras latinoamericanas, congénere de Paz y compatriota mío—, que, como Borges, nunca fue visitado por el laurel sueco.

ENRICO MARIO SANTÍ: *¿Serán estos los años de Orígenes?*

OCTAVIO PAZ: No, no. Son anteriores a la revista cubana. Es la década de los treinta, en realidad. En 1929 hubo un acontecimiento en la ciudad de México que unió a todos los jóvenes, la huelga estudiantil que tomó forma en la protesta universitaria. La huelga tomó una coloración vasconcelista, pero las razones no eran puramente políticas. Lo interesante es que había distintas escuelas secundarias, preparatorias y los que estudiábamos el bachillerato que nos conocimos en ese momento. Ahí conocí yo a muchos jóvenes que después se hicieron escritores, otros se dedicaron a la ciencia, como Alberto Barajas, un matemático que fue buen amigo mío. Pero fue en ese momento en el que nos pudimos conocer todos.

E. M. S.: *¿Podría decirse que ese fue el origen de Barandal?*

O. P.: No, *Barandal* nació en la Preparatoria. Pero claro, yo había conocido a varios de los muchachos que después hicieron *Barandal*. Un año después, en la última parte de la Preparatoria, empezamos a hacer la revista. La vida universitaria en nuestros países, de alguna manera, siempre ha tenido relaciones con la evolución general de la sociedad y de las ideas. La generación anterior a la nuestra, los *Contemporáneos*,

había sido la última en la que la influencia francesa fue definitiva. Algunos de ellos leyeron literatura norteamericana, pero en general estuvieron muy influidos por la francesa. Nosotros, en cambio, también leímos a los franceses, pero también nos interesó mucho la literatura hispanoamericana. En primer lugar, los españoles, por la *Revista de Occidente* y después *Cruz y Raya*, y por la gran importancia en ese momento de la Generación del 27. Hay que decir que los grandes libros de la Generación del 27 van desde 1923 (los primeros libros de Alberti, Lorca, etc.) hasta 1936, cuando Cernuda publica *La realidad y el deseo*. De modo que este arco poético-literario de España fue muy importante. Leímos mucho a Ortega y Gasset, leímos mucho también a Gómez de la Serna. Y después en esos años aparece *Sur*. Había habido siempre relaciones bastante íntimas entre los mexicanos y los argentinos. Pero con *Sur* fue mayor. La primera revista extranjera donde yo colaboré fue ahí. En *Sur* empezamos a leer a Borges. Cuando Borges se convirtió en una figura mundial, a mí no me extrañó. Yo era un viejo lector de Borges. Incluso me parece que el último Borges no añade al Borges que hacía aquellos cuentos y notas tempranas. Aparte de esto, se conocía a varios sudamericanos. En mi generación fue mucho más conocido primero Neruda que Huidobro. Fue un error de perspectiva. A Huidobro lo descubrí después, tardíamente. Los primeros poetas chilenos que leímos fueron Neruda y Gabriela Mistral. Esta era muy leída en México; era semimexicana, tenía muchos amigos aquí. José Vas-

concelos la había traído para trabajar en la reforma educacional. Otra cosa interesante eran los cubanos. Había la *Revista de Avance*, de la generación anterior a la mía, y por ella conocimos bastante a Jorge Mañach y a Juan Marinello (quien después vino a México y se hizo profesor), a Nicolás Guillén, a Eugenio Florit y a Emilio Ballagas. Eran muy leídos en México. Había ese conocimiento de los autores hispanoamericanos de ese momento. Al mismo tiempo, leímos mucho a los autores de la época; leíamos a los franceses. Ya te he contado que Proust para mí fue una pasión. Malraux también, aunque en otro momento de mi vida.

E. M. S.: *Ahora, Octavio, ese no es el momento de Taller, que es posterior al de la guerra española...*

O. P.: Claro, estoy hablando de los años de la universidad. Por cierto, otra cosa que leímos muchísimo fue los filósofos alemanes. No solo los leímos: los tuvimos que estudiar. La influencia de Ortega y Gasset fue tan grande que, por ejemplo, en el curso de Lógica del bachillerato, el profesor nos puso como texto no el antiguo positivista del profesor Parra, un profesor mexicano, sino uno de un discípulo de Husserl que se llamaba Pfänder. Una lógica absolutamente fenomenológica. Es decir, que la fenomenología era la filosofía que nosotros estudiábamos. Teníamos otras lecturas aparte. Leíamos muchísimo a Nietzsche y bastante a Marx y a los marxistas. Las editoriales españolas publicaban mucho a Marx. Era el renacimiento de la izquierda española, por ejemplo con la revista *Leviatán* de Luis Araquistáin. También

había una fascinación por el marxismo por parte de los católicos a través de la revista *Cruz y Raya*. Los católicos —como Bergamín y todo este grupo— sienten esa fascinación. Viene entonces el primer Congreso de Escritores Antifascistas que influyó muchísimo. Cuando André Gide, que era el santo y patrón de la generación de *Contemporáneos*, declara su crítica al comunismo, eso estremeció a todo el mundo, y sobre todo a los que éramos más jóvenes. Fue cuando leímos muchísimo a Malraux. Esto, claro, es anterior a *Taller*. Son años de fermentación desde *Barandal* hasta la guerra de España.

E. M. S.: *Cuando regresas de España ya te encuentras en un contexto completamente diferente.*

O. P.: Bueno, sí, en muy poco tiempo surgió el cardenismo en México. La izquierda empieza a tener una enorme influencia en el campo de la educación pública. No en la universidad, donde ocurre lo contrario. La universidad entonces sigue siendo el campo cerrado de la especulación pura y también del pensamiento más bien conservador.

E. M. S.: *Es esa circunstancia lo que permite, creo, que gente como Gaos, por ejemplo, desarrolle su obra sobre Heidegger.*

O. P.: Exactamente. Cuando Gaos llega, ya nosotros teníamos una preparación, por más ligera que fuese. Conocíamos a Husserl, Scheler, Marx y habíamos leído los textos de Heidegger que se habían publicado en España y en Francia.

E. M. S.: *Y a Ortega, naturalmente. La preparación en el existencialismo parece haber sido muy fuerte.*

O. P.: Todo eso penetró profundamente. Pero antes de que llegasen los españoles había habido ya tomas de posición muy claras por parte de los marxistas. En el campo de la literatura, por ejemplo, había un grupo nacionalista, «telurista». Había que ser «telúrico», «americano». Los grandes modelos eran autores como José Eustasio Rivera, los novelistas de la tierra. Había un odio generalizado a los *Contemporáneos*, y naturalmente a la llamada literatura «artepurista» y cosmopolita.

E. M. S.: *Entonces, de alguna manera Taller trata de hacer su propio contexto porque no rechaza a los Contemporáneos.*

O. P.: Ahí está. Como en el caso de *Hora de España*, nuestra revista hermana, *Taller* trata de salvar lo mejor de la literatura anterior y se opone a la barbarie de los partidarios del realismo socialista y el nacionalismo literario.

E. M. S.: *Es el mismo gesto que se había visto en Barandal, ¿no? Allí se habían publicado textos de Pellicer, Novo y Villaurrutia.*

O. P.: Sí, siempre hubo ese intento. Aunque hubo disensiones y críticas, también. En realidad, el único que estuvo en contra fue el poeta Efraín Huerta, quien seguía la línea del Partido Comunista. Los demás, al contrario, fuimos amigos de los *Contemporáneos*. En *Taller* hicimos lo mismo. Aparecen con mucha frecuencia los nombres de Cuesta, Villaurrutia, Ortiz de Montellano, Pellicer, de todos ellos. Uno de los primeros

comentarios a la obra de Gorostiza, por ejemplo, aparece en *Taller*.

E. M. S.: *Ese texto, «Razón de ser», explica un poco la postura.*

O. P.: Sí, ahí se explica nuestra simpatía por la Revolución. Al mismo tiempo, no excluía nuestra antipatía por los programas literarios de los revolucionarios, ni nuestra solidaridad con la vanguardia de los años veinte.

E. M. S.: *¿Esa postura abarcadora les valió críticas y censuras de otros grupos?*

O. P.: Sí, pero no demasiado. Había un poco el espejismo del Frente Popular. Pensaban que nuestra actitud no era totalmente reprochable. A veces nos criticaban, pero no mucho, porque fundamentalmente coincidíamos en nuestra actitud antifascista, que era lo esencial. Es lo que nos preservaba un poco. Sin embargo, en el seno de *Taller*, como he explicado en otra parte, había muchas disensiones internas. Sobre todo después del pacto germano-soviético en 1938. Ese pacto nos dividió. Tanto que *Taller* dejó de salir. La causa fue que ya no teníamos dinero, pero es cierto que las diferencias eran muy violentas. Esto fue muy terrible. Después ya surgió *El Hijo Pródigo* que extrema la nota, sobre todo en los primeros números. Creo que influí bastante, como también Villaurrutia, en que aparecieran algunos escritores surrealistas, como César Moro y Benjamin Péret. No habían aparecido normalmente en *Taller* porque ellos eran trotskistas. Finalmente, aparece Víctor

Serge. Por desgracia, *El Hijo Pródigo* después cambió de ruta. Yo me siento corresponsable hasta el número siete. Esta línea de independencia —imaginación y realidad, independencia de la imaginación frente a las exigencias de la política inmediata— se quebró poco a poco, y al final se convirtió en una revista ecléctica. Yo creo que el eclecticismo ha sido uno de los vicios, pecados, de la clase intelectual mexicana. Estoy por el escepticismo pero no por el eclecticismo. Un buen escéptico no es ecléctico. El escéptico es más bien intransigente.

E. M. S.: *Uno de los textos más interesantes que publicaste en Taller es ese diario, las Vigilias. Según me has dicho, las escribías en una libreta, parte de la cual luego se perdió. Las partes que ahora publicamos fueron las que se salvaron. ¿Qué te hizo llevar un diario?*

O. P.: Yo creo que lo escribí por necesidad de expresarme. No tenía en dónde escribir. Lo que escribía era demasiado íntimo, y lo escribí en 1935, un poco antes de que empezara a publicar. Fue un momento en que trabajaba en el Archivo General de la Nación, acababa de perder a mi padre, estaba muy pobre y vivía muy mal. En el archivo me habían dado ese empleo. Había muy poco trabajo porque yo no era paleógrafo ni nada que se le pareciera. Me usaban para llevar y traer papeles. Y así en muchas horas libres, en aquellas tardes de tedio, leía muchísimo. Y cuando no leía me ponía a escribir con la idea de hacer algo. Y eso fue lo que salió.

E. M. S.: *Sí, evidentemente es un diario íntimo. Lo que a mí más me llama la atención es que no solo te sirvió para*

conocerte, sino también para analizar tu propia poesía. A veces me recuerda La vita nuova.

O. P.: ¿Tanto? Bueno, es un gran elogio...

E. M. S.: *Aunque no te lo digo por la calidad, sino por el formato. Me refiero a yuxtaposición de poesía y prosa con el propósito de desentrañar lo que revela el poema.*

O. P.: Quizá sea una predisposición mía (y de Dante, ¿por qué no?). Creo que es una línea constante en la historia de la poesía europea, de Occidente. Aparece en Dante, de un modo muy claro, en Baudelaire, en Antonio Machado. En mí siempre ha habido una necesidad de reflexionar sobre lo que he escrito. Pero te diré que a veces el diario me parece un poco cursi, ingenuo. Yo fui publicándolo porque me parecía que tenía una calidad literaria. Lo que no publiqué, porque era demasiado íntimo, lo suprimí y luego se perdió.

E. M. S.: *Abora, Octavio, antes de la guerra y antes de Taller tú habías ido a Yucatán, ¿no es cierto?*

O. P.: Sí, yo escribí las *Vigilias* antes de irme a Yucatán. Me fui en 1937.

E. M. S.: *¿Qué fuiste a hacer allí?*

O. P.: Yo había estudiado literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad. Toda mi familia era de abogados, aunque ninguno ejerció Derecho y todos eran escritores. Estudié Derecho porque mi familia lo quería. Pero cuando terminé no quise recibirme. Me pareció todo aquello horrible. Murió mi padre. Me fui a Yucatán porque me ofrecieron un puesto y era

la manera de alejarme de México, y de no terminar la carrera de abogado y de hacer algo distinto. Me ofrecieron el puesto de director de una escuela para hijos de obreros, pero yo era muy joven y entonces fui de secretario. Invité a un amigo mío mayor, abogado, que sí lo podía hacer. La escuela para hijos de obreros y campesinos me enfrentó a la realidad real de México. Ahí estuve unos meses. Al poco tiempo recibí una invitación para ir al Congreso de Escritores Antifascistas, y me fui.

E. M. S.: *A tu llegada a Yucatán, escribiste ese hermoso texto, «Notas».*

O. P.: Sí, me lo pidió un amigo poeta, Clemente López Trujillo, hoy olvidado, que era dueño del *Diario del Sureste*. También me lo pidió el director del suplemento de *El Nacional*, Héctor Pérez Martínez. Son mis impresiones de recién llegado. Imagínate que era para mí la primera vez fuera de mi casa. En una sola ocasión, a los diecisiete o dieciocho años, había viajado a Veracruz. Hasta entonces no había conocido el mar. Después, decidí vivir solo durante una temporada larga cuando era estudiante y rompí con mi familia. Pero nunca había vivido fuera de la ciudad de México. De modo que la primera vez que lo hago fue en Yucatán. Y Yucatán no es solo una provincia de México como cualquier otra. Es mucho más. Es casi otro país. No es otro país, claro está, pero es otra cosa. En primer lugar, por la influencia muy profunda de lo maya: más que en ningún otro lado. En segundo lugar, los mestizos.

En tercer lugar, los yucatecos, que no son totalmente mexicanos y que miran hacia el Caribe. Son gente muy definida y refinada.

E. M. S.: *Sí, algo de eso se refleja en tu texto. Lo que me impresiona es tu capacidad de análisis. Por ejemplo, tus descripciones de la arquitectura, de la luz de Yucatán, en relación a la de la meseta, y su relación con el carácter de los yucatecos. ¿Podríamos hablar de otro texto, «Isla de gracia»?*

O. P.: Es sobre Creta. Imagínate que nunca he estado en Creta. Ese texto lo escribí a petición de Manuel Rodríguez Lozano, que era el director de la revista *Artes Plásticas*, una revista de lujo. Me preguntarás por qué me gusta Creta. Siempre me han interesado los comienzos de la civilización; o bien los lugares fronterizos. Por ejemplo, Cuba es interesante también por eso, esa indecisión o transición racial y cultural. Yucatán también tiene ese encanto especial. Los comienzos y los fines me interesan mucho. También los momentos de indecisión. Y Creta es eso: realmente no es Grecia, ni tampoco lo anterior, Egipto, ni es Asia tampoco. Tiene una gracia especial por lo efímera que es, realmente.

E. M. S.: *Después que regresas de España, uno de los diarios mexicanos en que colaboras es El Popular.*

O. P.: *El Popular* fue el diario que fundó la Confederación de Trabajadores de México (CTM). El secretario de la CTM, y el director del diario, era Vicente Lombardo Toledano. El periódico se funda con gente cercana a él y a la CTM. Colaboré bastante y de dos maneras. Como periodista, sin firma, en muchas secciones; y

después, con firma, en la página editorial sobre todo. Esto fue hasta el pacto germano-soviético. Ahí dejé de colaborar. Les dije que no haría mi ruptura pública, que no estaba seguro y que había perdido toda la fe, que yo había sostenido desde muy joven la idea de que los revolucionarios no podíamos pactar con las democracias burguesas. Me habían convencido de que esta teoría era falsa y de que el enemigo común era Hitler. Entonces me adherí con entusiasmo al Frente Popular, había estado en España. Había defendido todo el tiempo esta doctrina, y ahora veía yo un pacto que no entendía. Como no quería romper abiertamente con ellos, dejaba de colaborar. Así lo hice. Después, cuando Hitler invadió Polonia, volví a colaborar una temporada corta, con mi nombre a veces, pero muy poco. Finalmente, lo dejé. La ruptura con los comunistas es, como con la Iglesia, no un golpe sino un forcejeo; uno rompe, se reconcilia, hasta que finalmente hay una ruptura definitiva.

E. M. S.: *Cuando regresas de España te encuentras que llega a México una cantidad enorme de escritores españoles importantes. De pronto muchos de ellos empiezan a colaborar en Taller.*

O. P.: En España había encontrado que la generación española que hacía *Hora de España* tenía mucho que ver conmigo, que sus problemas eran semejantes a los nuestros. Pero los mexicanos no nos habíamos planteado los problemas de la misma manera que los españoles.